

ADIÓS A ANTONIO DI BENEDETTO*

He sentido crecer esta altísima noche de octubre, llena de brisas primaverales y alientos de vida, y cada vez me ha resultado más difícil aceptar tu muerte, entrañable amigo. Y mucho más arduo todavía traducir en débiles palabras mi estupor, mi irreparable tristeza, esa privación insalvable de tu persona, tan aureolada de dones inefables.

Cuando a tu regreso busqué refutarte las metáforas tenebrosas de *Sombras, nada más*, tu última novela, te mencioné el fuego inextinguible de la amistad. Vos levantaste dulcemente la cabeza, sonreíste y te aferraste a la negación: "Cuando un amigo muere, ya no podemos hablarle, ni escribirle cartas, ni mirar su rostro". Creo que mi respuesta te hizo confiar un poco más: todo aquello profundamente incrustado en los amigos a través de las azarasas invenciones del existir, perdura imborrable. Como perdura la harina en el pan y el jugo de las uvas en el vino. Por eso, sin saber si puedes escucharme, querido Antonio, te acerco tiernamente unas pocas y últimas palabras.

Vuelvo mis ojos a Mendoza, nuestra comarca natal, donde vivimos juntos la infancia y la primera juventud. Siento la pujanza de esos octubres de la montaña, donde el día y la

* Discurso pronunciado en nombre de la Academia Argentina de Letras, el 12 de octubre de 1986, en las exequias del académico fallecido.

noche se extendían infinitos y donde a veces también se abalanzaba el Zonda agitando ese polvillo caliente en el que los huarpes descifraban mensajes del diablo. Miramos los parrales tejiendo sus filigranas para atenuar la fiera del sol, las vides echando brotes de suavísimo verdor, las temblorosas hojas de los álamos. Ruge el río Mendoza, desbordan acequias y zanjones y hasta las cenicientas jarillas parecen enrojecidas de luz. Allí, a esas nuestras comarcas, vas hoy para siempre, hacia nuestra Mendoza, donde la alta cordillera velará tu memoria.

Ha sido todo tan pronto. Quedamos tan desarmados frente a la sentencia irreparable. Nos pareció tan cruel que cayeses cuando tu genio maduraba nuevas palabras imperecederas y entregabas todo tu esfuerzo creador a enriquecer, aquí, entre nuestras arduas privaciones y extrañas injusticias, las raíces culturales argentinas. Aun en el sueño que te envolvió durante las últimas semanas, algo nos llevaba a aferrarnos a lo prodigioso.

Te sentías frágil, tembloroso, sacabas coraje para trabajar sin descanso; lograbas subsistir con extrema humildad, te comportabas siempre con virtud genial. Entretanto ya convencido de que tu tiempo terrenal era breve, tratabas de responder a los más desgarradores interrogantes de tu conciencia.

Viviste en suma pobreza. No utilizaste las funciones que se te asignaron en beneficio tuyo. Nunca te sedujo ningún demonio narcisístico, tampoco los honores ni los agasajos con que justicieramente se premiaba lo que hay de peregrina invención poética en tus libros. Pero cada vez tu cuerpo era más débil, tus pasos más inciertos. Un domingo de invierno, al salir de misa de la iglesia de San Agustín, procurabas descender cuidadosamente los empinados escalones, pero caíste. Un amigo jujeño, el historiador Carlos Gregorio Romero Sosa, te llevó a tu casa. Pronto te sentiste repuesto. Después de esa caída, nos encontramos unas pocas veces, y, como desde hace años, pudimos llegar a zonas de venturosa confianza. Hoy no trasgredo el límite donde sentí la fuerza de tu autenticidad.

Buscabas una creciente purificación, una vida cada vez más creadora. Es fácil ser imitador, repetidor; es fácil defenderse en tribus o sectas. Es arduo, en cambio, aceptar la propia

equivocación y el descubrimiento constante del error. Nuestras últimas palabras fueron muy elípticas. Al revelarme una pesadilla, me confiaste que en ella viste acercarse sin asombro la larga mano blanca que según mitos antiquísimos brota del árbol de la muerte.

Nunca más, Antonio, conversamos personalmente. Después de la última reunión de la Academia Argentina de Letras a la que pudiste asistir, me hablaste por teléfono para comunicarme tu alegría: habías sentido una atmósfera de independencia y respeto que te reconfortaba frente a otras experiencias que viviste en callada congoja.

A tu lado están ahora la consternación y la ternura de tus compañeros académicos y del personal sin distinción alguna, pues supiste ganarte el corazón de todos. En 1975, durante la presidencia de Ángel J. Battistessa, se te eligió académico correspondiente por Mendoza, donde realizabas tu obra literaria, ejercías el periodismo en *Los Andes* y *El Andino* y representabas al diario *La Prensa*. Allí seguiste serenamente tu obra. En momentos aciagos para la República te hicieron prisionero y comenzó la etapa más doliente de tu historia.

Cuando después de un año y medio de cárcel, apaleos y humillaciones, terror y desesperanza, te impusieron destierro, llevaste a España tu honroso pasaporte de académico. Entre tanto, ni entonces ni nunca, se contestaron tus insistentes reclamos para conocer el motivo de la ensañada persecución. Pero al cabo de tantos infiernos regresaste, ya consagrado como escritor de rango universal, con tus libros traducidos a muchas lenguas y todos tus escritos reconocidos como creaciones de extraña invención y tajante sobriedad y como estremecedoras indagaciones de la condición humana.

Volviste a tu tierra sin rencores ni asperezas, como si el supremo sacrificio purificase el corazón de los justos. Proseguiste sencillamente tu tarea sometiendo tu obra a una profunda revisión crítica. No pediste cargos ni canonjías, ni espacios como dictan las jergas en uso, como recompensa de tu sacrificio. En vez de agitar recuerdos dolorosos calificaste puramente como "ficciones" tus *Cuentos del exilio*. Te acogiste a sabidurías milenarias para erigir el silencio en una protesta más eficaz que la vocinglería narcisista.

La humildad fue quizá tu virtud fundamental. Venías de un destierro doble: fuiste condenado a dejar tu casa, tu familia, tu trabajo, tus amigos queridos y, después, a emigrar a tierras lejanas. El año 1985, tan pronto decidiste vivir en Buenos Aires, nuestra Academia bajo la presidencia de Raúl H. Castagnino reconoció nuevamente los méritos estéticos y morales del antiguo miembro correspondiente y lo designó académico de número.

Allí encontraste una ínsula grata a tu simpatía. Todos fueron tus amigos. Asiduo en el trabajo recoleto de la Institución, apreciado por tu cortesía y eficacia, te afirmaste también a través del disenso o la opinión discrepante. Ese clima de libertad, lo confiaste a muchos de nosotros con bondadosa insistencia, te infundía fuerza. De las muchas contribuciones que en tan breve tiempo brindaste a la Academia, destacaré el brillo con que la representaste, junto con el profesor Carlos A. Ronchi March, en el Congreso de Academias de la Lengua Española celebrado en Madrid en 1985, para estudiar el laberíntico entrecruzamiento del lenguaje y los medios de difusión, tema sobre el cual tu larga experiencia de periodista y escritor nutrió la originalidad del discurso. En una parábola de hondo significado ético, el encarcelado, el torturado y finalmente desterrado en Madrid, volvía a esa ciudad con lauros académicos y limpio de culpa. La Academia de Letras siente, pues, que Antonio Di Benedetto se erige en un arquetipo de conducta como en su hora lo fueron los más grandes escritores argentinos. Supiste ser digno de tu sitio, nada menos que el de Joaquín V. González, un hijo de la montaña y un enamorado de la tierra, como lo fuiste vos. Honraste tu misión en todos los escenarios de tu vida y la Academia se honró con tu presencia, por desdicha tan breve.

Así voy diciéndote adiós sin caer en la pendiente de tantas y tantas memorias como nos rodean. Nuestras casas mendocinas daban espalda con espalda. Desde los gritos y las piedras que cruzaban en uno y otro sentido esos muros, hasta los primeros borradores de *Zama* y luego las cartas de Buenos Aires, Estados Unidos, España y nuestras confidencias de toda la vida sin que nunca, absolutamente nunca, se apagase el resplandor de la amistad. Tras tantos años y tantas pruebas venturosas

o tristes ~~siento~~ ahora que somos los dos Antonios quienes miramos en el Zanjón del Cacique Guaymallén el resplandor de las mismas estrellas.

De pronto el silencio se ensancha. Debo cerrar este borbotón de penas y remembranzas. Hacia el Río de la Plata se asoman entre neblinas las primeras claridades del amanecer. El asombro, las flores húmedas de rocío, esas palabras que eran como llamas en tu alma de poeta, el temblor donde se esconde lo inexpresable, todo lo que nos queda en los libros porque fue tu existir tan doliente y puro, me cerca con su escalofrío.

Siento que ahora burlas el exilio y traspasas un umbral misterioso. Vuelves a tu Itaca. Y más allá de los sueños rotos, de las páginas impercederas y los males padecidos, regresas victorioso a la comarca natal. En el antiguo valle próximo al Aconcagua reposará tu cuerpo.

Tal vez la certidumbre de verte llegar al Reino disipe la tristeza al despedirte. No he querido llorar la elegía de un escritor singularísimo ni el martirio de un hombre acosado por tantas penurias, sino celebrar tu auténtico heroísmo. En la pobreza, en la enfermedad, con el corazón quebrado, preso y sin libros, fuiste tejiendo esa saga donde tu propio dolor daba testimonio de las furias que acosan al hombre de nuestro tiempo.

La poesía es exilio pero también salvación. Otras generaciones, otras edades, otras culturas, revivirán el genio tuyo, grande y buen amigo Antonio, hombre virtuoso, justo y sufriente. Ya te rodea una luz que disipa esas sombras que tanto te acosaron. La gloria es luminosa, llameante. Entre las espigas de la corona, la sangre resplandece.

Adiós, Antonio. Lo más puro y sagrado de tu Argentina velará tu memoria. Y mientras el tiempo hila sus inescrutables designios, sentiremos que es menos fácil la existencia sin tu compañía. Adiós, Antonio amigo. La esperanza del encuentro seguramente nos dará fuerza para seguir luchando, como si estuvieras entre nosotros, por las mismas quimeras del Nuevo Mundo en las que se cimenta tu segura perennidad.